

Sloan Wilson

El hombre del traje gris

Prólogo de Jonathan Franzen
Traducción de Baldomero Porta

Libros del Asteroide *

Primera edición en Libros del Asteroide, 2009
Título original: *The Man in the Gray Flannel Suit*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1955, 1983 Sloan Wilson

© del prólogo, Jonathan Franzen, 2002
© de la traducción, Baldomero Porta Gou, 1957
© de la revisión de la traducción, Libros del Asteroide, S.L.U.
Traducción revisada y corregida por Tamara Medrano Ortigosa.
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: © Marcos Torres

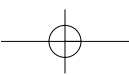
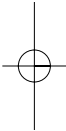
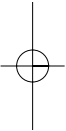
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santa Magdalena Sofía, 4, bajos
08034 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-01-9
Depósito legal: B.4.827-2009
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

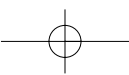
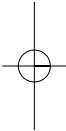
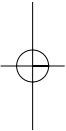
Índice

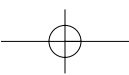
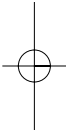
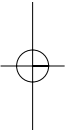
Prólogo de Jonathan Franzen	IX
El hombre del traje gris	I
Epílogo de Sloan Wilson	37I





Prólogo





Los barrios residenciales de Connecticut de principios de los años cincuenta son un escenario de ficción clásico, un pequeño universo tan reconfortante como el San Petersburgo imperial o el Londres victoriano. Cerrando los ojos, podemos ver las hojas de otoño que el viento arrastra por las calles; podemos ver el caudal de hombres con sombreros de fieltro recién salidos de la oficina que llena los andenes de la línea de New Haven; podemos oír el tintineo de la primera jarra de Martini de la tarde y más tarde, hacia medianoche, las peleas horribles, y el olor del sexo desesperado o desesperante.

En *El hombre del traje gris* hallamos tanto el consuelo de este pequeño universo como sus frustraciones. Esta novela, la primera de Sloan Wilson, se publicó en 1955. Sus ventas fueron extraordinarias, y no tardó en llegar a la gran pantalla en una película protagonizada por Gregory Peck, pero desde entonces no había vuelto a editarse. Hoy, al libro se lo recuerda sobre todo por su título, que —junto con *La muchedumbre solitaria* y *The Organization Man*— se ha convertido en una suerte de consigna del conformismo de los años cincuenta.

Tanto quien disfrute condenando ese conformismo como quien albergue por el mismo una nostalgia secreta hallará en *El hombre del traje gris* una auténtica dosis de los cincuenta en estado puro.

XII PRÓLOGO

Los protagonistas, Tom y Betsy Rath, son una atractiva pareja *Wasp* (blanca, anglosajona y protestante) que se reparte el trabajo de modo tradicional: Betsy se queda en casa con los tres niños y Tom se desplaza cada día a Manhattan, donde le espera un trabajo maravillosamente anodino. Los Rath se amoldan a la situación, aunque sin alegría. Betsy clama contra el aburrimiento de su calle. Sueña con escapar de sus esforzados vecinos (quienes, a su vez, también se sienten insatisfechos); es cualquier cosa menos una supermamá. Cuando una de sus hijas mancha una pared de tinta, Betsy le pega un manotazo y termina durmiendo con ella en la cama; por la noche, Tom las encuentra «durmiendo estrechamente abrazadas» con la cara llena de tinta.

Al igual que Betsy, Tom despierta simpatía precisamente por sus fracasos. «El hombre del traje gris» es, para él, objeto de miedo y desprecio; y, sin embargo, su vida de esforzado trabajador y hombre de familia en un barrio residencial está tan radicalmente desligada de su vida de paracaidista en la segunda guerra mundial que, conscientemente, termina refugiándose en ese traje gris. Cuando solicita el puesto de relaciones públicas en la United Broadcasting Corporation, un puesto muy bien remunerado, se entera de que Hopkins, el presidente de la empresa, tiene intención de poner en marcha una junta para la salud mental. ¿Le interesa a Tom la salud mental?

«¡Ciertamente! —exclamó Tom con calor—. ¡Siempre me ha interesado la salud mental! —Esta afirmación sonaba un poco a tontería, pero no se le ocurriría la manera de rectificarla.»

El conformismo es una medicina con la que Tom confía en poder automedicarse para cuidar de su propia salud mental. Aunque es sincero por naturaleza, se esfuerza por mostrarse cínico. «Centraré mi vida en trabajar en pro de la salud mental —le dice a Betsy una noche, bromeando—. Ya no pienso en mí mismo. Soy un ser humano con una gran misión.» Cuando Betsy lo reprende por el cinismo con que juzga a Hopkins, Tom replica: «Lo amo. Lo adoro. Mi corazón le pertenece».

El eje moral y emocional de *El hombre del traje gris* lo conforman los cuatro años largos de servicio militar de Tom. El Tom Rath soldado —tanto si mataba soldados del ejército enemigo como si se enamoraba de una adolescente italiana huérfana— se sentía vivísimamente implicado en el presente. Sus recuerdos de la guerra, sin embargo, ofrecen un doloroso contraste con un tiempo de paz «tenso y frenético» en que, se lamenta Betsy, «ya nada parece divertirnos». Quizá la infelicidad de Tom se deba a los traumas del combate o quizá, por el contrario, anhele el sentimiento de emoción y de camaradería masculina que perdió tras la guerra. En cualquier caso, Betsy no va desencaminada en sus acusaciones: desde que volvió de la guerra, ha dejado de desear; ha trabajado mucho, pero no se ha arriesgado.

Tom Rath está metido en un buen lío, el típico lío de la Era del Consumo. Con tres hijos que mantener, no se atreve a aventurarse por el camino de la anomia, la ironía y la entropía, el camino Beat que Kerouac predicó y Pynchon siguió. Pero la rutina del consumismo, ese plan tan conveniente que consiste en desear los bienes que los demás desean, no parece menos peligrosa. Tom se da cuenta de que si se sube al carro de la rutina hedonista, entonces sí que se convertirá en un hombre de traje gris, persiguiendo mecánicamente un sueldo cada vez más alto para poder permitirse «una casa más cara y una marca de ginebra más buena». Y así, en la primera mitad de la novela, a medida que va retorciéndose entre dos opciones que le desagradan por igual, su humor y su tono dan un viraje espectacular: pasan del cansancio a la rabia para llegar, finalmente, a la bravuconada; del cinismo a la timidez para convertirse en una osadía llena de principios. Y Betsy, que, patética, ignora a qué se debe la infelicidad de su marido, se retuerce y vira a su lado.

La primera mitad del libro es, de lejos, la mejor. Los Rath son atractivos, precisamente, porque muchos de sus sentimientos no lo son. Y, como si quisieran reflejar la volatilidad de los Rath, los primeros personajes secundarios del libro son a menudo cómicos y deslumbrantes: el jefe de personal que, detrás de su mesa, se reclina en su silla en posición horizontal; el médico que hace una visita a

XIV PRÓLOGO

domicilio y odia a los niños; la señora a quien contratan para que lleve la casa y que consigue llevar derechos a los pequeños Rath, unos granujillas. La primera mitad del libro es realmente divertida. Sumergirse en el relato que nos presenta Wilson, anticuadamente costumbrista, es como montarse en un Oldsmobile de época: resulta sorprendente lo cómodo y rápido que es; visto a través de sus ventanillas, el paisaje conocido nos parece totalmente nuevo.

La segunda parte del libro le pertenece a Betsy, la media naranja de Tom. Aunque su relación ha consistido en tres años de amor adolescente seguidos de cuatro años y medio de guerra, con sus mentiras y su separación, y otros nueve años de «hacer el amor sin pasión» y sacar adelante una familia «sin experimentar más emoción verdadera que la angustia», Betsy no abandona a su hombre. Pone en marcha un plan de mejora familiar. Consigue que Tom se involucre en la política local. Vende la casa que tanto odia y conduce a la familia de su gris exilio a una zona más exclusiva. Se dispone a emprender una arriesgada vida de empresaria a tiempo completo. Y lo que es más importante: Betsy exhorta incesantemente a Tom a que sea sincero. El argumento, así, va alejándose gradualmente del tema «Atractiva pareja con problemas lucha contra el conformismo de los cincuenta» para acercarse a otro: «Hombre devorado por la culpa recibe pasivamente la ayuda de una mujer excelente». En el mundo hay personas tan excelentes como Betsy Rath, sí, pero no resultan personajes excelentes. En un prefacio a su novela, Sloan Wilson se muestra tan efusivo en su agradecimiento a Elise, su propia media naranja («Buena parte de las reflexiones en las que se basa este libro son tuyas»), que quizá haya quien se pregunte si la novela no será, en realidad, una especie de carta de amor de Wilson a Elise, un canto a su matrimonio con ella, quién sabe si un intento, incluso, de disipar sus propias dudas acerca de su matrimonio, de tratar de enamorarse. Algo turbio pasa en la parte del libro dedicada a la mujer, sin duda. A pesar de los muchos conflictos que tienen lugar *chez* Rath, Wilson nunca permite que sus personajes lleguen a acercarse siquiera a la posibilidad de la infelicidad auténtica.

Una de las ideas que más claramente se desprenden de la lectura de *El hombre del traje gris* es la de que la armonía social depende de la armonía doméstica. Con la brecha que la guerra había abierto entre hombres y mujeres, Estados Unidos había caído enfermo; la guerra envió a millones de hombres al extranjero para que mataran y fueran testigos de la muerte y se acostaran con las chicas del lugar mientras millones de novias y esposas estadounidenses esperaban alegres en casa, alimentaban su esperanza en un final de cuento de hadas y se echaban al hombro el peso de la ignorancia; ahora, sin embargo, sólo la sinceridad y la franqueza pueden reparar el vínculo entre hombres y mujeres y curar una sociedad enferma. Tom llega a esta conclusión: «Yo no puedo cambiar el mundo, pero sí puedo poner mi vida en orden».

Quien crea en el amor y la lealtad y la verdad y la justicia, terminará la lectura de *El hombre del traje gris* con lágrimas en los ojos, como yo. Pero habrá quien, aun mientras el corazón se le entenece, se enfade consigo mismo por sucumbir. Como Frank Capra en sus películas más empalagosas, Wilson te pide que creas que si un hombre demuestra valentía y sinceridad verdaderas, le ofrecerán el trabajo perfecto —al que podrá llegar desde su casa andando—, el promotor inmobiliario no lo estafará, el juez del lugar impartirá una justicia perfecta, el incómodo villano desaparecerá de escena, el magnate de la industria sacará a la luz su dignidad y su espíritu cívico, los electores votarán a favor de una subida de impuestos por el bien de los escolares del lugar, la antigua amante de ultramar sabrá cuál es el lugar que le pertenece y no creará problemas y el matrimonio empapado en Martini se salvará.

Puede que esto nos lo creamos y puede que no; con todo, esta novela consigue capturar el espíritu de los cincuenta: el conformismo incómodo, la evasión del conflicto, el quietismo político, el culto a la familia nuclear y la aceptación de los privilegios de clase. En los Rath hay mucha más franela gris de lo que ellos mismos parecen creer. Lo que los distingue de sus «aburridos» vecinos, en definitiva, no son sus penas ni sus excentricidades, sino sus virtudes. En las primeras páginas del libro, los Rath coquetean con la ironía y la

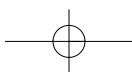
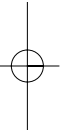
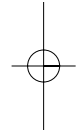
XVI PRÓLOGO

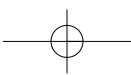
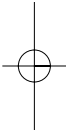
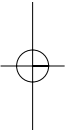
resistencia, pero en las últimas ya se enriquecen alegremente. Para el confuso Tom Rath del primer capítulo, el sonriente Tom Rath del capítulo 41 sería la imagen de la complacencia, blanco de sus temores y su desprecio. Betsy Rath, por su parte, rechaza enérgicamente la idea de que el malestar de los barrios residenciales pueda tener causas sistémicas. («Hoy en día la gente le da demasiada importancia a las explicaciones —piensa— y demasiado poca al coraje y a la acción.») Si Tom se siente confundido e infeliz, no es porque la guerra traiga la anarquía moral o por el trabajo de su jefe, «con sus comedias, su publicidad y el vocinglero público del plató». Los problemas de Tom son puramente personales, como el activismo de Betsy es estrictamente local y familiar. Las preguntas existenciales más profundas que cuatro años de guerra (o cuatro semanas en los despachos de la United Broadcasting, o cuatro días cuidando a los niños en una aburrida calle de Westport) suscitan quedan abandonadas, víctimas inevitables, quizá, de la década misma.

El hombre del traje gris es un libro sobre los años cincuenta. Podemos leer la primera mitad de la novela para divertirnos, y la segunda, para vislumbrar la década que se avecina, la de los sesenta. Fueron los años cincuenta, al fin y al cabo, los que les dieron a los sesenta su idealismo. Y su rabia.

JONATHAN FRANZEN

El hombre del traje gris

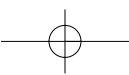
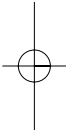
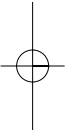




So I said
To the man who knew:
«Where are they going?
And what do they carry?
And why do they hurry so?»*

A. F. W.

* Así que les dije a aquellos que sabían: ¿Adónde van? ¿Y qué llevan? ¿Y por qué se apresuran?



1

Llevaban siete años viviendo en su casita de Greentree Avenue, en Westport, Connecticut, y ya la detestaban. Y ello por varias razones, ninguna de ellas lógica, pero todas imperiosas. En primer lugar, la casa poseía una especie de talento maligno para ofrecer pruebas de sus deficiencias y borrar todo rastro de sus buenas cualidades. El descuidado césped y los hierbajos que llenaban el jardín pregonaban a los transeúntes que Thomas R. Rath y su familia no eran de los que disfrutaban «arreglando la casa» ni podían pagar a otra persona para que lo hiciera por ellos. El interior de la casa tenía un espíritu más vengativo todavía. En la sala, cerca del suelo, el yeso del revocado presentaba una enorme desconchadura que ascendía adoptando la forma de un signo de interrogación. A la pared el mal le venía del otoño de 1952, cuando después de bregar durante meses para pagar facturas atrasadas, Tom llegó a casa una noche y se encontró con que Betsy había pagado cuarenta dólares por un jarrón de cristal tallado. Aquellos despilfarros eran totalmente impropios de Betsy; de la guerra a esta parte, por lo menos, Betsy era una ama de casa sensata. Y cuando hacía algo que a Tom no le gustaba, solían discutir la cuestión cuidadosa y razonablemente. Pero precisamente aquella noche Tom estaba cansado y preocupado porque él, por su parte, acababa de gastarse setenta dólares en un traje

6 SLOAN WILSON

nuevo que creía necesitar para vestir de acuerdo con las exigencias de su profesión, y en el momento culminante de una discusión acalorada, levantó el jarrón y lo arrojó contra la pared. El grueso cristal se hizo añicos, el yeso se desprendió y dos de los listones que cubría se rompieron. A la mañana siguiente, Tom y Betsy, de rodillas, se afanaron en revocar la grieta y luego repintaron toda la pared; pero cuando la pintura estuvo seca la gran escotadura junto al suelo quedó perfectamente visible, y arrancando de ella el trozo curvado que subía casi hasta el techo dibujaba un signo de interrogación. A Tom y Betsy que la desconchadura tuviera aquella forma no les pareció simbólico, ni siquiera divertido, sino sencillamente enojoso. Aquella curiosa forma hacía que la gente se quedara mirándola abstraída; durante una fiesta que dieron, un invitado al que se le había ido la mano con la bebida exclamó:

—Oye, es curioso. ¿Os habéis fijado en el gran interrogante que tenéis en la pared?

—No es más que una desconchadura —replicó Tom.

—Pero ¿por qué había de seguir la forma de un interrogante?

—Simple coincidencia.

—Es curioso —insistió el invitado.

Tom y Betsy se prometieron mutuamente que un día de éstos enyesarían toda la pared; pero nunca lo hicieron. La señal continuó allí como un recordatorio imperecedero del arranque despilfarrador de Betsy, del arranque de violencia de Tom y de la ineptitud de ambos a la hora de recomponer paredes o de pagar a otros para que las recompusieran. A Tom le parecía irónico que la casa conservase aquella clase de recuerdos mientras que dejaba que las tardes de cariño y de placer resbalasen por su superficie sin dejar rastro alguno.

La grieta de la sala de estar no era el único recuerdo de las horas malas. En el empapelado del cuarto de Janey, una mancha de tinta con huellas de manos conmemoraba una de las pocas veces en que Janey había destruido la propiedad a conciencia y la única ocasión en que Betsy perdió los estribos y le pegó. Janey tenía cinco años, era la mediana de los tres hijos de los Rath. Janey lo hacía todo

con energía; en vez de llorar, chillaba, y cuando estaba contenta, su rostro parecía condensar toda la alegría del mundo. Aquel día, habiendo decidido que quería jugar con tinta, se la derramó a discreción sobre las manos y se puso a marcarlas limpiamente sobre el papel de la pared, desde el suelo hasta la altura que podía alcanzar. Betsy se enfadó tanto que le golpeó ambas manos, y la pequeña, que sólo entendía que la habían interrumpido en medio de un trabajo artístico, se pasó una hora tendida en la cama, sollozando y frotándose los ojos hasta que tuvo toda la cara llena de tinta. Betsy, que se sentía peor que una asesina, trató de consolarla, pero ni aun cogiéndola en brazos, meciéndola y arrullándola, lo consiguió. Los estremecimientos de la niña la alarmaron. Aquella noche, cuando Tom llegó a casa, encontró a madre e hija durmiendo estrechamente abrazadas. Las dos tenían la cara llena de tinta. La pared manchada era un recuerdo y un documento.

Un millar de pequeños desperfectos se constituían en testigos de la negligencia de los Rath. Un perro, al que el año anterior habían atropellado, había arañado la puerta principal. El grifo del agua caliente del cuarto de baño goteaba. Casi todos los muebles necesitaban un cepillado, tapicería nueva o una limpieza. Y además, la casa era demasiado pequeña y fea, y casi idéntica a las que tenía a uno y otro lado.

Los Rath la habían comprado en 1946, poco después de que a Tom lo licenciaran del ejército y de que, por indicación de su abuela, entrara de asistente del director de la fundación Schanenhauser, organismo que un anciano millonario había fundado para financiar la investigación científica y fomentar las artes. Tom y Betsy se habían dicho uno a otro que probablemente no vivirían allí sino uno o dos años, hasta que pudieran permitirse algo mejor. Les llevó cinco darse cuenta de que, probablemente, el coste de criar a tres hijos iría aumentando tan deprisa, por lo menos, como el salario de Tom en un organismo benéfico.

Si Tom y Betsy hubieran sido completamente razonables, esta certeza les habría empujado a ponerse a pintar su vivienda con actividad febril, pero operó el efecto contrario. Sin hablar del tema de-

8 SLOAN WILSON

masiado, ambos empezaron a mirar su casa como una ratonera; y las reformas no les proporcionaban más gozo del que le hubiera producido a un preso sacarle brillo a los barrotes de su celda. Ambos se daban cuenta de que los sentimientos que les inspiraba la casa no eran dignos de muchos elogios.

—No sé lo que nos pasa —dijo Betsy, una noche—. Tú tienes un trabajo bastante bueno, tenemos tres hijos preciosos, y muchísima gente se consideraría satisfecha con una casa como ésta. No hay motivo para que siempre estemos tan descontentos.

—¡Claro que no! —exclamó Tom.

Pero sus palabras sonaban a falsas. Era extraño pensar que aquella casa, con el interrogante en la pared, quizá fuera el final de su derrotero particular. Resultaba imposible creerlo. Tenía que ocurrir algo, quién sabe qué.

Tom pensó en su casa aquel día de primeros de julio de 1953, cuando un amigo suyo llamado Bill Hawthorne mencionó la posibilidad de conseguir un empleo en la United Broadcasting Corporation. Tom estaba almorzando con un grupo de conocidos en The Golden Horseshoe, un pequeño bar-restaurante cercano al Rockefeller Center.

Bill, que trabajaba de redactor publicitario para la United Broadcasting, dijo:

—Tengo entendido que hay un puesto nuevo en nuestro departamento de publicidad. Creo que cualquiera de vosotros cometería una locura aceptándolo, pero si os interesa, ahí está...

Tom estiró las largas piernas debajo de la mesa y revolvió inquieto sobre la silla su corpulenta humanidad.

—¿Cuánto pagarían? —preguntó con aire de indiferencia.

—No lo sé —contestó Bill—. De ocho a doce mil dólares, imagino, según lo buen atracador que seas. Si te animas, pide quince. Me gustaría que alguno les diera bien a esos cabrones.

Aquel verano estaba de moda mostrarse cínico con los jefes, y los publicistas eran los más cínicos de todos.

—Os lo regalo —dijo Cliff Otis, redactor de una gran empresa publicitaria—. Yo no me metería nunca en ese todos contra todos.

Tom se puso a contemplar el fondo de su vaso y no dijo nada. «Quizá sacaría diez mil al año —pensó—. En ese caso, Betsy y yo podríamos comprar una casa mejor.»